

# La política (*y el habitus*) de protestar: apuntes para pensar la conflictividad social en Neuquén durante la segunda mitad de la década de los '90\*

Fernando Aiziczon\*\*

## Resumen

En este trabajo presento una serie de problemas que orientan mi actual investigación sobre la particularidad del fenómeno de la protesta social en la provincia de Neuquén, en especial desde la segunda mitad de los años '90, intentando aproximarme a una explicación del por qué de la persistencia de tal fenómeno. En un primer momento describo una serie de factores que considero centrales para comprender la conformación societal neuquina y que reforzarían cierta predisposición al conflicto social, aunque por sí solos no alcancen a explicarlo. En consecuencia planteo un segundo apartado con algunos dilemas teóricos referidos al abordaje del conflicto social, para luego presentar a la discusión una articulación teórica posible utilizando las nociones de cultura política de protesta y *habitus* militante, a partir de las cuales parece mas adecuado pensar la construcción de sentidos prácticos en torno a la protesta como forma de hacer política.

## Descriptores

Protesta social - Sistema político - Cultura política de protesta - Habitus militante.

---

\* Versión revisada de mi ponencia presentada en las *V Jornadas de Encuentro Interdisciplinario "Las ciencias sociales y humanas en Córdoba"*, mayo de 2007.

\*\* Historiador, Becario CONICET, Universidad Nacional de Córdoba, Integrante del CEHEPyC-UNComahue, ([danfer@arnet.com.ar](mailto:danfer@arnet.com.ar), [faizic@hotmail.com](mailto:faizic@hotmail.com))

## Introducción

La década de los '90 en Argentina probablemente sea recordada por la magnitud de los fenómenos de protesta que existieron, por la “novedad” de inesperados actores sociales en la calle, y por la ampliación de repertorios de confrontación a vastos sectores de la sociedad, vale decir, por el uso extendido del corte de calles y rutas (“piquetes”) entre otras formas de expresar reclamos de justicia, trabajo, salud, servicios, seguridad, y que conformaron una sensación generalizada de desgobierno y de ausencia de mediaciones y/o canales formales para la expresión política, todos ellos fuertemente deslegitimados por el desempeño negativo de la clase dirigente durante aquella década. Pero la probabilidad de un recuerdo de esos años quizás nos esté diciendo algo sobre la *excepcionalidad* de la situación: decir que la década de los '90 se caracterizó por la magnitud de las protestas sociales es lo mismo que sostener que ellas no han constituido siempre el dato dominante de la sociedad argentina. La cuestión entonces que pretendo plantear aquí gira en torno a: ¿Cuándo y por qué algunas prácticas sociales exceden lo considerado “normal” o “esperable” en términos políticos presentándose como disruptivas o amenazantes para el orden social?, o invirtiendo los términos: ¿Qué sucede cuando ciertas prácticas sociales consideradas contenciosas pasan a conformar un modo instituido y ciertamente legitimado de hacer y entender la política? ¿Cómo se constituye ese modo de actuar, cuáles son las condiciones de posibilidad y cuáles son sus reglas? Si con estos planteos estamos oscilando en los bordes de un orden social respecto de su “normalidad” o “anormalidad” en términos de estabilidad relativa de un sistema político dado, ¿Cuál noción de conflicto social nos resulta operativa para el análisis de estos casos?

## Neuquén en los años '90

La provincia de Neuquén presenta algunos rasgos particulares que voy a destacar para comprender mejor sus años '90 :

- su **vida institucional** es reciente debido a su condición de Territorio Nacional hasta 1957, lo que nos lleva a pensar en su compleja y tardía inserción en el sistema político nacional, sus efectos en términos del ejercicio de la ciudadanía política, y la configuración de identidades políticas;
- la **estructura económica** neuquina, denominada “de enclave” o modelo “exógeno” en el sentido de que la redistribución de los factores de producción es hacia fuera de los límites provinciales, define su perfil hidrocarburífero entre 1980-1990 en base a la producción y exportación de energía y recursos naturales no renovables (53% de la producción de gas en el país y 35% de petróleo)<sup>1</sup>, por lo que gran parte de sus recursos proviene de las regalías hidrocarburíferas y los vaivenes del régimen de coparticipación federal (casi el 50% de sus ingresos); el resto es impulsado por el crecimiento del sector de servicios mientras se observa una notable disminución del sector industrial;

---

<sup>1</sup> Valores a los que se llega en un sostenido aumento al año 2000.

- el **mercado de trabajo**, como consecuencia de lo anterior, está conformado por asalariados vinculados a las empresas extractivas y obra pública (20%), por un alto nivel de empleo en la administración pública que crece del 20% al 33% en la década, mientras que el sector servicios se mantiene alto con un promedio del 50%;
- el **perfil poblacional**<sup>2</sup> se caracterizó por una altísima afluencia de inmigrantes de países limítrofes (principalmente chilenos) y del interior del país (provincias del norte, aunque los estratos medios profesionales provienen de Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires, Mendoza), que la transforman en una provincia “joven” y atractiva por los altos salarios y expectativas de movilidad social que suelen obtenerse a través de las actividades públicas y privadas;
  - su **sistema político** está desde sus inicios (1963) caracterizado por el predominio absoluto de un sólo partido<sup>3</sup>: el Movimiento Popular Neuquino (MPN), partido neoperonista que atravesó exitosamente todas las coyunturas políticas argentinas (incluyendo períodos dictatoriales) y consolidó una identidad regional-federalista amplia logrando ser en la actualidad el partido provincial con mayor número de afiliados (supera los 110.000 miembros<sup>4</sup>);
  - el **Estado neuquino** aplicó desde los años '70 y hasta fines de los '80 sendas “políticas de bienestar” principalmente en salud y educación, marcando una impronta considerable en términos de presencia estatal; lo mismo puede decirse de la obra pública (grandes represas hidroeléctricas). Esto debe tenerse en cuenta a la hora de ponderar el impacto en la protesta de los sindicatos afectados (ATE, ATEN, UOCRA) y su apelación al estado.

La articulación desde el MPN de una política económica de “bienestar” en el período señalado le valió la condición de “isla de bienestar” y un perfil “progresista” vinculado al primer MPN liderado por Felipe Sapag<sup>5</sup>. La constante entrada de nuevos contingentes poblacionales significó tanto una dispersión notable en las preferencias electorales (más claro en las elecciones nacionales en donde los resultados coinciden con el voto hacia los partidos clásicos) como un apoyo al *statu quo* emepenista en el plano local. Al mismo tiempo, gran parte de esa inmigración externa e interna la conformaron exiliados políticos desde el Chile pinochetista y personas que escapaban de los centros de represión de la argentina dictatorial. Una primera consecuencia de ello fue el la *conformación de ámbitos relacionados con la defensa de los derechos humanos y la politización de espacios* como el gremio de la construcción (UOCRA), la educación (ATEN), estatales (ATE), los partidos de izquierda y el más fuerte de la Iglesia terciarista liderada por el ya mítico Jaime de Nevares, primer obispo de Neuquén. De esta particular combinación existen testimonios de conflictividad considerables y han sido señalados por los escasos estudios sobre el tema como la

<sup>2</sup> 1960: 109.890 habitantes, 2001: 474.155 habitantes. El ritmo de crecimiento en los '90 es del 22% mientras que el nacional no supera el 10% (Fuente: Indec).

<sup>3</sup> En las elecciones a gobernador del año 1995 el MPN obtiene el 61% de los votos, el PJ 14%, la UCR y el Frepaso el 10%. El nivel más bajo obtenido en la década de los '90 por el MPN fue en el año 1999 en que llegó al 44%, seguido por la Alianza con un 36%. (Fuente: Junta provincial electoral. Secretaría electoral Neuquén)

<sup>4</sup> Esto representa casi el 70% del total de personas afiliadas a partidos en el año 2000; el PJ apenas el 19% y la UCR el 7,5% en el mismo período. (Fuente: Junta provincial electoral. Secretaría electoral Neuquén).

<sup>5</sup> Felipe Sapag fue gobernador durante los períodos: 1963-66, 1970-72, 1973-76, 1983-87, 1995-99.

condición *sine qua non* que haría a Neuquén portador de una “contracultura de protesta”<sup>6</sup>: el “Choconazo” en 1971, las huelgas “salvajes” de la UOCRA en 1984-86, las huelgas docentes en 1986, 1996 y 1997, las importantes manifestaciones de organismos de DDHH, la primer Coordinadora de desocupados en 1995, y las resonantes puebladas cutralquenses en 1996/97. Como contraparte, la reciente condición de provincia y la necesidad de planificación implicó la conformación de cuadros tecnoburocráticos muy vinculados al aparato estatal partidario, de allí que la suerte de una emergente “burguesía neuquina” y sus sectores dominantes responda más a linajes “nuevos” que crecieron como proveedores del estado que a las viejas estructuras familiares de las provincias tradicionales argentinas<sup>7</sup>. Así, los lazos sociales de dominación son menos un aspecto de viejas estructuras que una articulación desjerarquizada en torno a beneficios sociales y expectativas de movilidad social.

De esta manera, el escenario que encontramos hacia los '90 puede trazarse así : sectores politizados y de fuerte presencia en las calles (estatales, partidos de izquierda, DDHH, iglesia) por un lado, y sectores que mantienen expectativas de movilidad social (p.e. petroleros, profesionales) y/o permanecen ligados a la estructura estatal-partidaria, adhiriendo a la política emepenista.

Palermo<sup>8</sup> ya observó que si algo caracterizó en términos sociales y políticos al Neuquén de fines de los años '80 era su condición de provincia “de izquierda”, de aires progresistas, incluyendo a un MPN que se mostró populista e inclinado a la aplicación políticas de bienestar. Es este escenario el que se verá modificado de cara a los cambios estructurales de los '90, y responderá en forma potente y sostenida a través de la práctica de la acción colectiva de protesta.

## **La protesta hecha política. De Cutral-Có a Zanón bajo control obrero, 1996-2001**

Los gremios estatales (ATE y ATEN) fueron de los primeros y más contundentes a la hora de impugnar con protestas y acciones directas los esbozos de aplicación de las políticas neoliberales. Su temprana combatividad es un dato a retener, pero no puede decirse que sobredeterminen el peso de la protesta social en adelante<sup>9</sup>. En efecto, el

---

<sup>6</sup>MOMBELLO, Laura, *Neuquén, nuestra forma de ser. Articulaciones entre la construcción de identidades/alteridades y las prácticas políticas en la norpatagonia*, Tesis de Maestría, s/d, 2004, mimeo. PETRUCCELLI, Ariel, *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*, Buenos Aires, El cielo por asalto-El Fracaso, 2005.

<sup>7</sup>FAVARO, Orietta, BUCCIARELLI, Mario, “El sistema político neuquino. Vocación hegemónica y política faccional en el partido dominante”, en FAVARO, Orietta (edit.), *Neuquén, la construcción de un orden estatal*, Neuquén, EDUCO, 1999.

<sup>8</sup> PALERMO, Vicente, *Neuquén. La creación de una sociedad*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

<sup>9</sup> Más justo sería sostener que otros actores irrumpieron en el territorio de las protestas sindicales y las trastocaron traumáticamente : un ejemplo hasta ahora no estudiado lo constituye la pueblada de la localidad de Senillosa en 1994. En aquella circunstancia sindicalistas de ATE, docentes y pobladores comunes cortaron la ruta en reclamo de salarios adeudados y la normalización de la situación del municipio, sofocado económicamente por desmanejos del intendente de entonces. A pesar de constituir un precedente notable, la pueblada de Senillosa fue evaluada negativamente por la dirigencia de ATE que si bien reconocía el valor de la rebeldía popular disentía en su aspecto más espontaneísta, o poco organizado. Lo mismo parece ocurrir con ATEN, en el sentido de la ponderación negativa de las puebladas e incluso de las primeras acciones directas de los desocupados nucleados en la naciente Coordinadora allá por 1995. En todo caso, la visión del

estallido de las “puebladas cutralquenses” (1996-1997) como consecuencia de la privatización de YPF<sup>10</sup>, sorprendió a todos los actores sociales que ya se venían movilizándolo. Vistas primero con reserva por su falta de “organicidad” fueron luego incorporadas merced al éxito de sus formatos contenciosos por todo el arco opositor neuquino. Ambas instancias reacomodaron el panorama político de los sectores más activos y redefinieron su visión del orden social y de la validez de ciertas prácticas combinadas como el piquete, el corte de ruta, las tomas de edificios, esto es, una marcada *primacía de la acción directa*.

La protesta sindical se “nutrió” de la pueblada y viceversa. El rol de militantes y activistas como conformadores de redes y alianzas, portadores de prácticas y tradiciones políticas previas fue clave allí donde viejos y nuevos actores, partidarios y extrapartidarios, se intersectaron enriqueciendo de *sentidos* a las protestas : un caso emblemático lo constituye Jaime de Nevares. Otros fenómenos contenciosos protagonizados por universitarios, trabajadores de la salud, desocupados, comunidades mapuches, obreros de fábricas recuperadas, van enriqueciendo el panorama y en la segunda mitad de los '90 Neuquén muestra menos una espiral de conflictos que una marcada predisposición a la práctica política de la protesta callejera en diversos actores sociales, profundizada desde el “Cutralcazo” y reactualizada con el fenómeno de la ocupación y puesta en producción de Cerámica Zanón bajo “control obrero”, el moderno hito que tonificó las luchas sociales pos 2001 con aires de “clasismo” y “combatividad”, y que logra trascender, como primero lo hicieron las “puebladas cutralquenses”, las fronteras provinciales<sup>11</sup>.

Hacia el año 1998 hasta la fecha Neuquén es el lugar en donde fueron encausados en procesos penales más de 1500 dirigentes obreros, referentes sociales y líderes mapuche, sobre un total nacional de casi 3000 procesados. El grado de judicialización y criminalización de la protesta social es el más alto de todo el país siendo el Ejecutivo provincial quien inicia la mayoría de los procesos penales<sup>12</sup>.

En este período el MPN muta a neoliberal y cede el predominio sapagista a manos del tres veces electo Jorge Sobisch (1991-95, 1999-2003, 2003-07); desde entonces parece cristalizar un sólido bloque opositor al gobierno local -que se transforma en el “enemigo” sin distingos entre las corrientes internas del MPN- que en enmarca sus acciones colectivas en bajo el rótulo de la “resistencia al neoliberalismo” constituyendo un continuo que puede trazarse desde la defensa de los derechos humanos en la reapertura democrática (1983-1991) a la resistencia a las políticas neoliberales (1991-2001); sobre

---

sindicalismo neuquino de entonces, *grosso modo*, no parece poder digerir estos nuevos formatos de protesta aunque en forma lenta e inconsciente los vaya incorporando. Ver AIZICZON, Fernando, “Del ‘paro’ a la ‘pueblada’, Las acciones colectivas de ATE Neuquén durante la primer década de los ‘90”, trabajo presentado en las *I Jornadas de Historia Social*, La Falda, Córdoba, Junio del 2007.

<sup>10</sup> La desocupación en Neuquén tuvo dos picos claros en octubre del '95 y en octubre del 2001 con el 16,5% y 16,7% respectivamente. (Fuente: Indec).

<sup>11</sup> El rol de militantes de izquierda en el caso de Zanón lo desarrolló en “El clasismo revisitado: la impronta del trotskismo en la politización del sindicato ceramista, Neuquén, 2002-2006”, trabajo presentado en las Jornadas Internacionales “Historia y memoria de la dirigencia política argentina. Desde 1930 hasta la actualidad”, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Junio de 2007. También puede consultarse de mi autoría “Teoría y práctica del control obrero : el caso de Cerámica Zanón bajo control obrero, 2002-2005”, en *Revista Herramienta*, Buenos Aires, Número 31, 2006.

<sup>12</sup> *Diario 8300*, Neuquén, julio del 2004.

este último recorte puede establecerse un subperíodo que abarca las puebladas cutralquenses 1996-97 hasta la emergencia de Cerámica Zanón bajo control obrero en 1998-2001, espacio en donde se consolidan y rutinizan las prácticas de protesta política.

Sabemos que la totalidad de las provincias argentinas experimentaron procesos de “ajuste”, que los sindicatos estatales también fueron protagonistas en las resistencias al nuevo modelo económico en intensidades similares a las neuquinas<sup>13</sup>, que las puebladas incluso antecedieron a las ocurridas aquí (p.e. el “Santiagueñazo” en 1993), o que existieron como en Córdoba “islas de bienestar” que amortizaron un tiempo su aplicación; sin embargo, sólo en Neuquén la resistencia y las protestas callejeras fueron sostenidas como el modo de hacer política predominante de un sector considerable de su sociedad. ¿Por qué ocurrió así? Si consideramos el dato exclusivo de la no alternancia electoral del MPN como sí ocurrió con los partidos provinciales más tradicionales y sólidos, ¿Será ésta la razón de la cristalización una cultura política de protesta y también de un sistema político hostil al recambio?

## **El conflicto social como tensión (teórica) permanente**

A fines de la década de los ‘60 Dahrendorf<sup>14</sup> se preguntaba sobre la posibilidad de formular una teoría parcial del conflicto social revisando lo que sus antecesores - principalmente Talcott Parsons, Durkheim, y Weber- pensaban sobre la dinámica de los sistemas políticos en las sociedades modernas. El problema consistía en superar aquella pregunta que los unificaba, a saber: ¿Qué es lo que *integra* a los llamados sistemas sociales? Dahrendorf decía entonces que se trataba de una “dialéctica irónica” el hecho de tener que plantearse años más tarde un “renacimiento” por el interés en el estudio del conflicto social en el sentido de volver a explorar en las causas estructurales de una aparente *no-integración* -o al menos una integración poco armoniosa- de los sistemas sociales contemporáneos. Dahrendorf tampoco se conformaba con el desarrollo que tomaba la teoría marxista en cuanto que ésta daba por sentado el hecho de que las sociedades contemporáneas experimentaban ineluctablemente la “lucha de clases” como motor central de la historia y por lo tanto ésta debía entenderse como el origen de todo conflicto social. Por el contrario, este autor pensaba que es tan necesario considerar el problema del conflicto social como el de la integración social, y no parece haber alguna jerarquización sostenible respecto del *status* de diversos tipos de conflicto (de clase, étnicos, de género, de nacionalidad)<sup>15</sup>. Dahrendorf sostendrá además que, siempre en términos estructurales: “...la teoría del conflicto haría bien en limitarse por ahora a explicar las

---

<sup>13</sup> Ver SCHUSTER, Federico y equipo, *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*. [en línea], Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA (Documentos de Trabajo N° 48). Disponible: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/DT/DT48.pdf>. 2006.

<sup>14</sup> DAHRENDORF, Ralf, “Hacia una teoría del conflicto social”, en ETZIONI, Amitai y Eva, *Los cambios sociales*, México, FCE, 1958.

<sup>15</sup> Cuando Dahrendorf escribía este texto habían ocurrido las invasiones soviéticas a Hungría y Polonia, lo cual le demostraba que el conflicto social en las sociedades socialistas -“sin clases”- permanecía y obedecía a otras constricciones estructurales.

fricciones entre gobernantes y gobernados en organizaciones dadas...”<sup>16</sup>. La necesaria “disfuncionalidad” de todos los elementos de una estructura social implica reconocer al conflicto como la fuerza social del cambio, y desde allí sí sería posible fundar una teoría del conflicto (y por extensión) y del cambio social. Entonces integración y antagonismo, estabilidad y cambio, función y “disfunción”, son episodios necesarios en los sistemas sociales a los que Dahrendorf va a agregar una noción dinamizadora del conflicto como las luchas entre grupos sociales, grupos estructuralmente antagonicos en razón de ocupar posiciones desiguales de mando y de sometimiento (“arriba” y “abajo”) que configuran la asimétrica distribución de poder social existente en las sociedades contemporáneas. El conflicto entonces parecía ser producto de la lucha por el mantenimiento o la modificación del *statu quo*.

Bastante tiempo después Tilly<sup>17</sup> destacará que la sociología política sigue preguntándose por qué la gente entra en conflicto en diversas intensidades<sup>18</sup>, y sin resolver el escepticismo sobre la posibilidad de una teoría general del conflicto social, volverá sobre la relación entre cambio social y conflicto político, pero invirtiendo la mirada : ¿qué cambios sociales anuncian otros tantos cambios en las formas de acción colectiva?, es decir, ¿qué impacto tienen las variadas formas de acción política popular sobre el curso del cambio social?. La propuesta de Tilly implica concentrarse en los cambios de los repertorios de protesta y relacionarlos con cambios profundos en la estructura social:

“...sabemos mucho más acerca de cómo el cambio social produce el conflicto que cómo el conflicto produce el cambio social. Cuanto más nos alejemos de los efectos evidentes del conflicto, tales como las pérdidas y las ganancias de una huelga, menos información sistemática tendremos acerca de las consecuencias de la contienda en los participantes, sus objetivos reivindicativos, las terceras partes y sus contextos sociales...”<sup>19</sup>

La perspectiva de Tilly nos permite indagar sobre qué nos está sugiriendo el uso de determinados repertorios no solamente como una expresión de malestar o disfunción social, ni tampoco como respuesta mecánica a desajustes o contradicciones estructurales, sino como una de las tantas maneras de concebir y practicar la política que ocurren en las sociedades actuales atravesados por una multiplicidad de dimensiones conflictivas, de intereses, de identidades y de desigualdades persistentes. Pero necesitamos, como vimos en el caso de Neuquén, alguna noción que nos permita también operar en el campo de las tradiciones culturales, de transmisión de prácticas políticas resignificadas e incorporadas en nuevos repertorios culturales.

---

<sup>16</sup> Idem., p.99. Más adelante lo especifica mejor: “...pueden distinguirse dos grupos: los que sólo tienen derechos fundamentales generales (civiles), y los que tienen derecho de autoridad sobre aquéllos (...) uno que domina y otro que es dominado.”, p. 104. La perspectiva estructural se comprende cuando, para este autor, se trate de precisar qué entidad estructural experimenta el cambio o dentro de cual tienen lugar los conflictos.

<sup>17</sup> TILLY, Charles, “Conflicto político y cambio social”, en IBARRA, P. y TEJERINA, B., *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Ed. Trotta, 1998.

<sup>18</sup> Sidney Tarrow, otro teórico de peso en el campo de las modernas teorías de la acción colectiva, se pregunta por qué, si la mayor parte de nuestras vidas vivimos situaciones de injusticia, sólo en determinados y escasos momentos decidimos movilizarnos. TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997.

<sup>19</sup> TILLY, op. cit., p.37.

La noción de cultura política con la que me propongo trabajar permite articular dos dimensiones básicas 1) la *dimensión subjetiva*, en donde encontramos el universo de las representaciones sociales, los imaginarios, identidades, concepciones sobre el mundo, del orden social o de las relaciones de dominación y poder, y 2) la *dimensión de la práctica social*, es decir, la correspondencia o no que se pueda establecer entre las percepciones subjetivas y el repertorio de acciones colectivas que de ellas se desprendan hacia el plano específicamente de lo político, esto es, una suerte de traducción en el horizonte de la acción de lo que determinados significados construidos por los actores sociales sobre el orden sociopolítico permiten realizar. No se trata de buscar una suerte de normatividad de lo subjetivo para con lo político y desde ese punto reconocer su despliegue en el campo de la acción, sino de establecer la posibilidad de una interacción entre ambos planos, pues si bien una determinada visión sobre las reglas que el juego político permite se despliega en prácticas más o menos aceptadas o reguladas -desde la consulta popular o la petición hasta las huelgas-, no es menos cierto que también la utilización de nuevas prácticas sociales de manera “espontánea” o “novedosa” incorpora repertorios de acción que luego son resignificados en la dimensión subjetiva. Entre el despliegue de ambas el *sistema político* suele determinarlas, aunque éste también resulte modificado por las presiones que los actores sociales ejercen sobre él.

¿Donde “reside” una cultura?, ¿qué “lugar” social es identificable como espacio de construcción y despliegue de prácticas sociales?, la noción de *habitus* elaborada por Bourdieu me parece adecuada para operacionalizar esa suerte de internalización de percepciones subjetivas y condiciones “objetivas” o estructurales, posible de ser transmitida y ejercitada como *sentido práctico* de cara a determinadas situaciones sociales.

A continuación presento una serie de lineamientos para el análisis de la conflictividad en Neuquén, lineamientos que de ninguna manera creo definitivos sino por el contrario, abiertos a sugerencias, críticas y debates sobre un territorio que paradójicamente se encuentra aún inexplorado.

## **Conflicto social en el Neuquén de los '90. Una propuesta para su análisis**

De *Cutral-Có a Zanón* existe un continuo de protestas y resistencias, un siempre presente y renovable arco de militantes y activistas, una notable capacidad de articulación entre ellos, una rutinización de la protesta y la acción directa, todos estos elementos que propongo pensar recurriendo a la noción de *habitus militante*<sup>20</sup>: disposición construida por los actores como resultado de la internalización relacional entre las percepciones subjetivas y las condiciones objetivas, historia de luchas “hecha cuerpo”, inculcada generacionalmente y cristalizada en un “sentido práctico” orientado, en este caso, a la acción colectiva directa.

---

<sup>20</sup> En adelante sigo la propuesta conceptual de Bourdieu. Una síntesis de ellas puede consultarse en BOURDIEU, Pierre, WACQUANT, Loic, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.



Este habitus *militante* (militante por que es fruto de un ejercicio constante que involucra esfuerzos, inversiones y capitalizaciones de esas contiendas) se nutre de significaciones que le otorgan identidad y legitimidad a sus actos: de allí que la construcción de un *marco maestro*<sup>21</sup> como operación de conferir sentido a una amplia gama de situaciones con el fin de incentivar a la acción consista en transformar y reactualizar la lucha por los “Derechos Humanos” en la “resistencia al Neoliberalismo”. Todo un conjunto de acciones son enmarcadas bajo esas coordenadas cognitivas que en sutiles combinaciones permiten identificar al oponente (la dictadura, el MPN, el estado provincial, la Ley de Educación, las políticas neoliberales, el capitalismo) y construir un “nosotros” en torno a prácticas que fortalecen una identidad contestataria.

Prácticas, actores y lugares configuran un escenario relacional en donde cada uno se ubica de frente al adversario constituyendo un *campo de protestas*: espacio de juego históricamente constituido y ciertamente “regulado” por “leyes de funcionamiento” propias.

Lo que posibilita y estructura al campo de protestas es la definición de *lo que está en juego* (la educación, la salud, los derechos, el trabajo, y al fin, el sentido de “lo público”), que es la condición de su funcionamiento. Por eso un campo es también un “momento” histórico<sup>22</sup> configurado en torno a esos intereses en lucha y que ha acumulado experiencias (capital) a través contiendas anteriores (puebladas, huelgas, tomas, marchas): de allí las estrategias utilizadas (y su historicidad) direccionadas a conservar o subvertir lo que está en juego, o para redistribuir un determinado tipo de capital (simbólico o de otra naturaleza).

Si la existencia de un campo de luchas sociales implica un cierto número de intereses fundamentales en común por parte sus integrantes (una identidad, una contra-cultura, un capital en juego), “una suerte de complicidad básica, un acuerdo entre los antagonistas acerca de lo que merece ser objeto de lucha”, esa unidad que es también de prácticas y de percepciones sobre el orden social es compatible con nuestro planteo de la emergencia de una *cultura política de protesta* caracterizada por el ejercicio perdurable de notable de acciones colectivas sostenidas por diversos actores sociales que tiene como efecto la profundización de la capacidad de movilización y, consecuentemente, de la conflictividad.

Movilización y conflictividad actúan como potenciadores de oportunidades políticas constantemente presente para el surgimiento de nuevas acciones colectivas: entonces el *campo* por sí mismo puede pensarse como una oportunidad política percibida incluso en estos términos por sus integrantes ya que logra afectar las dimensiones constitutivas del sistema político. De allí su alta potencialidad y capacidad para revitalizar nuevos conflictos y su pervivencia en la historia y el presente (“*de Cutral-Có a Zanón*”).

*La protesta* por sí sola no debe entenderse como el único fenómeno emergente en los años ´90 en Neuquén; lo que ocurre es una resignificación de ella mediante prácticas, representaciones, imaginarios, que existían en forma latente<sup>23</sup>, aunque su visualización

---

<sup>21</sup> Mc ADAM, Mc CARTHY, ZALD *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

<sup>22</sup> GUTIERREZ, Alicia, *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Córdoba, Ferreyra editor, 2005.

<sup>23</sup> MELUCCI, Alberto, “Asumir un compromiso. La identidad en los nuevos movimientos sociales”, en *Revista Zona Abierta*, Madrid, N° 69, 1994.

y presentación (momento de emergencia) como repertorio dominante sea impulsada a partir de los sucesos de 1996/97. Estos elementos emergen a la superficie de una cultura política en donde la generación de acciones colectivas ganan terreno por sobre otras formas de intervención en el escenario público. *La protesta* deviene elemento central de una *cultura política* sólo por intermedio de determinadas prácticas sociales, que a partir del momento señalado ganan en visibilidad. Desde las puebladas cutralquenses en 1996/97 hasta el año 2001 (incluso llegando a nuestros días) esta cultura política reposa y se despliega sobre el impacto simbólico de aquellas; ya sobre el final de la década encuentra nuevos referentes: acaso el conflicto de los ceramistas de Zanón actúe como sucesor simbólico o reactualizador de contenidos de las puebladas cutralquenses, enmarcado en un nuevo contexto nacional de generalización de protestas que tiene en diciembre de 2001 a su nuevo punto de inflexión.

A pesar de que el MPN mantiene la supremacía y el bloqueo sistemático de la oposición política en el juego electoral, sigue encontrando una gran dificultad para descomprimir la protesta social y sus efectos, configurando un escenario favorable para la acción colectiva. Al mismo tiempo, la imposibilidad de alternancia partidaria potenciaría la sensación de que el cambio por esta vía -la electoral- se encuentra demasiado lejos para los sectores que se expresan mediante la protesta, conformando una situación que, al menos en el corto y mediano plazo, encuentra su válvula de escape a través de la protesta permanente. Sin embargo, esta situación no podría pensarse como un juego de suma cero: pienso que los protagonistas de esta cultura política de protesta obtienen de sus luchas sendas victorias, quizás lejanas en el horizonte de posibilidades de otras muchas regiones donde también se protesta. Al constituirse como un espacio propicio para la protesta permanente el sistema político neuquino puede pensarse como un sistema que paradójicamente “integra” a la protesta social al no poder recurrir, por ejemplo, a la represión en gran escala para desterrarla; así, la curiosa convivencia del conflicto social en Neuquén sugiere una consideración del conflicto como posible de estar “integrado”, rutinizado, relativamente (des)regulado, aunque esté marcando a las claras que diversos actores sociales no convalidan ni parecen aceptar la política a través de los canales formales.